

CINE

"Elemental, doctor Freud"

Los grandes tiempos de la comedia cinematográfica americana parecen haber pasado definitivamente. Un tipo de comedia en el que, al margen de la publicación del llamado "american way of life", existía una capacidad de ironía y una inclinación a la crítica. Quizá no en vano muchos de los directores de aquellas comedias maestras eran extranjeros que veían "el camino americano hacia la felicidad" con un mayor distanciamiento que los nativamente americanos. Esa capacidad para la crítica se proyectó, sin embargo, en casi todas las comedias del momento (hablamos de las décadas de los treinta y cuarenta), para mantenerse, bien que mal, en bastantes productos posteriores. No obstante, fue desapareciendo lentamente. El ciclo de comedias blancas de Doris Day, en los años cincuenta, es una buena prueba de ello. La mediocridad fue abriéndose camino a marchas forzadas, eliminando de un plumazo el talento invertido por tantos y tantos directores y guionistas en los años de esplendor. Una cierta decadencia del Imperio americano se refleja en las películas de Hollywood.

Y hoy, esa mediocridad parece imponerse definitivamente. Salvo las excepciones de un Woody Allen, de un casi vigente Billy Wilder, de los "homenajes" a aquellas lejanas comedias que aún es capaz de hacer un Peter Bogdanovich, pocas cosas quedan: los sábados noches y las memeces de toda la semana. Como las que continuamente ofrece ese mediocre-jefe llamado Herbert Ross (aún sigue en cartel su insostenible "Chica del adiós"), al que sólo se debe una comedia interesante, "Sueños de seductor". Nada inocente hay, sin embargo, en recordar la presencia de Woody Allen en esa película.

A Herbert Ross le pasa lo contrario de lo que a muchos de sus maestros (ya casi es un insulto llamarlos así): no sabe qué hacer con una situación ingeniosa, mientras que aquéllos sabían enriquecer continuamente un guión no demasiado brillante. Si Lubitsch, Hawks o Wilder se hubieran encontrado con la histo-

ria que narra "Elemental, doctor Freud", habrían sabido aprovechar al máximo ese disparate histórico que supone hacer que el joven Sigmund Freud psicoanalice al famosísimo detective Sherlock Holmes y comparta con él una descabellada aventura, en la que no faltan homenajes a los locos Hermanos Marx. Una historieta con capacidad para jugar dramáticamente en muchos sentidos, para reflexionar incluso. Pero a Herbert Ross le viene grande este invento y se pierde en una narración aburrida por monótona; desperdicia la mayor parte de la película en provocar el encuentro entre ambos personajes y se precipita en la aventura propiamente dicha, dejando de lado las posibilidades humorísticas del guión. Lo que sin duda en el original ("The seven per cent solution", que es su título) tenía un aire de guiñol, en las manos de Herbert Ross parece una meditación trascendente, por el tono pretencioso con que ha resuelto la mayor parte de las situaciones aparentemente descabelladas. Cuando ya el guión le puede, es inevitable que una sonrisa aparezca durante la proyección, pero mientras ha vencido él, se acabaron las sonrisas, la ironía y el talento. En definitiva, una película desperdiciada que viene a corroborar la gran sospecha: la gran comedia ha muerto. ■ DIEGO GALAN.

"Bilbao"

Segundo largometraje del cineasta catalán Bigas Luna (el primero, "Tatuaje", basado en la novela homónima de Manuel Vázquez Montalbán, aún no se ha estrenado en Madrid), resulta ser una película sorprendente. Bigas Luna ha elegido una historia más o menos conocida, ya en el cine o en la novela (las obsesiones enfermizas de un hombre enamorado de una prostituta), para plantearla en un lenguaje específicamente cinematográfico y donde la anécdota dramática da paso a la creación de un ambiente concreto. Importa más en "Bilbao" el cómo de la narración que la evolución de ésta. No hay moralismos ni trascendencias, soluciones ni justificaciones: lo que importa es la cotidianidad de ese hombre obsesivamente enamorado de Bilbao (nombre de la prostituta y no referencia a la ciudad vasca, error en el que cayeron muchos de los asistentes no españoles en el último Festival de Cannes), y, en cualquier

caso, el punto de vista entre cómplice y humorístico con que Bigas Luna observa, digamos que como un entomólogo, a ese personaje atormentado. La minuciosidad de sus actos tienen en sí mismos toda la trascendencia posible, todas las complejidades psicológicas o sociológicas que quieran encontrarse. Y Bigas Luna se recrea en su explicación. Nada más precisa en este sentido que el lento afeitado que realiza el hombre en el pubis de la prostituta. Un afeitado "real" que insiste sobre sí mismo, como el hombre insiste en la meditación en voz alta de cuantas cosas le vienen ocurriendo y que el espectador contempla al mismo tiempo que él.

Se dijo que "Bilbao" era una película casi hecha con descartes de otra película, es decir, con esos planos de recurso que muchos directores ruedan pero que luego no montan en la película definitiva. Esa es justamente la elección de Bigas Luna: narrar una historia con un material insólito, de desecho, como de desecho podría entenderse que están hechos sus propios personajes. Que, con carga literaria más o menos, con la depuración o exageración lógicas de una obra de corta duración donde debe darse todo tipo de explicaciones, son personajes prácticamente cotidianos, como somos, de una u otra manera, muchos de nosotros. En cualquier caso, si la conducta de los personajes no es lo que realmente importa en la película, como antes se apuntaba, el ambiente opresivo sí se constituye en su principal protagonista, si que forma parte de nuestra cotidianidad: la valoración de un objeto, de un detalle, de un momento aparentemente banales, la repercusión de una frase fácil o gratuita, las trascendencia de una mirada, de una mano,

de un gesto llegan a constituirse en entes propios, fuertes y determinantes de la conducta. Basta tener para ello la obsesión de ese hombre (bien interpretado por Angel Jove) por esa vulgaridad llamada Bilbao, vulgaridad interpretada así, vulgarmente, por Isabel Pisano, lo que no sé si la convierte en actriz, ya que a su personaje quizá le falten matices o una mayor inteligencia que la que ella aporta; y que, sin embargo, sí se dan en el personaje de la mujer casada, María Martín.

Película de escasos medios, de escasas pretensiones, pero que puede sorprender e incluso fascinar. Y que de cualquier manera merece el respeto a un trabajo serio, meditado e inteligente. ■ D. G.

TEATRO

Los debates de Caracas

Me acaban de entregar buena parte del material producido en el reciente Festival de Caracas; material abundante que recoge las ponencias y debates en torno a una larga lista de temas.

Hace un par de semanas nos referíamos en estas mismas páginas a las líneas generales de la programación. Ahora, con la misma brevedad, queremos señalar el valor de una investigación teórico-práctica que tuvo el mérito de atender a importantes fenómenos estéticos del teatro occidental, a la vez que consideraba su incidencia en el ámbito latinoamericano. He aquí, como prueba, los títulos de algunos de los seminarios y debates: "La dramaturgia y la crítica en América Latina", "Las corrientes estéticas y su introducción y aplicación en América Latina", "Confrontación del teatro del Tercer Mundo"...

Es imposible asomarse, en el espacio de esta breve nota, no ya a los centenares de folios generados por el Festival, sino, incluso, a sus temas y a sus autores. Sí me parece importante señalar, sin embargo, el vigor y la pasión de esta tarea en una hora en que la sociedad española parece contemplar el teatro como una manifestación agonizante; como



"Bilbao", de Bigas Luna.